

DÍAS GRISES DE 1996

Entre otras muchas cosas que no sé que tal vez no sabré nunca, está el nombre de estos pájaros que se arremolinan sobre las azoteas, forman como un gran banco de peces atrapados en una red vertiginosa, y dejan en el cielo de la ciudad la estela sorprendente de un gran teatro de sombras. Todos los años tengo la impresión de que el invierno llega demasiado pronto para estos pájaros, de que huyen de algo que no esperaban y se dejan atrapar en un vasto laberinto de algodones mojados, a merced de un viento que se esconde de sí mismo en las plazas, ensucia los portales y nos hace cruzar con la mirada baja.

Tal vez lo que nos pone tristes es esta obligación de parecerlo al entornar los ojos ante el viento e inclinar la cabeza. Incluso cabe pensar que esta impresión de desconcierto es sólo transitoria, que, al final, el instinto, o la suerte (o una mezcla complaciente de instinto, de paciencia, de cálculo) dará cierto sentido a estos días, acabará mostrándonos una salida digna.

Ahora llueve.

Y la lluvia convierte esa bandada expectante de pájaros en una imagen de tu propia indecisión, de tu modo disperso de esperar, al abrigo de algún refugio improvisado, otros tiempos mejores.



“IL PLEÛT DANS MON COEUR”

*Este lento telón de agua que cae
sobre el plano invisible que antes fue
la ventana cerrada, su propósito
de preservar la atmósfera agotada
del cuarto; y esta luz de zaguán triste,
de hueco de escalera, de rincón
olvidado de un bosque, son tu excusa:*

*aunque llueva también dentro de ti,
es posible que todo ocurra en otro
lugar, en otro tiempo, en una luz
robada de otro sitio, que no llueva
más que dentro de ti, desde hace mucho;*

*que te hayas resignado, desde entonces,
a contemplar la lluvia como quien
ve llover otra vez sobre mojado.*